

Rita Cetina, La Siempreviva y el Instituto Literario de Niñas: una cuna del feminismo mexicano (1846-1908)*

La idea implícita de que las mujeres apenas han contribuido en la historia de sus sociedades, ha sido desmontada lentamente en el transcurso de las últimas décadas. Investigadoras interesadas en visibilizar y reconocer la historia de las mujeres desde una perspectiva integradora de la acción y pensamiento de éstas en la vida social, han suplido el anonimato por el asombro que provoca reconocer la trascendencia de sus aportaciones.

El libro de Piedad Peniche hace parte de esta tendencia ofreciendo un estudio donde la maestra yucateca Rita Cetina comparte protagonismo con escritoras y maestras, cómplices amistosas y contrincantes afines. Presenta una línea genealógica del feminismo que tomó forma en la actuación de Elvia Carrillo Puerto, Rosa Torre y tantas otras maestras que se formaron en el arte de la enseñanza, el debate y la reflexión sobre el mundo, al interior del proyecto educativo creado y sostenido por la maestra Cetina.

La autora recupera la historia de las yucatecas en los parámetros analíti-

cos definidos por Gerda Lerner en su historia de las mujeres: más allá de revictimizarlas se trata de visibilizar sus aportaciones como co-constructoras del mundo social, cultural, político, humano.

Sus notas preliminares sobre el tiempo y la sociedad en la que actúa Rita trazan el ideal femenino, enmarcado en una tradición católica y patriarcal, que va expandiendo sus límites hasta encontrarse con el que reclama la capital del México secular, donde las mujeres debían instruirse para el trabajo pero sin desatender sus deberes de madres y esposas, esto es, debían instruirse para la crianza de ciudadanos productivos. Todo lo anterior sin contemplar para ellas la emancipación social o política: si eran casadas no podían separarse legalmente “ni aspirar a la representación jurídica para disponer de sus bienes y tener la patria potestad de sus hijos”. Tampoco podían votar o ser electas para ocupar cargos públicos.

La educación que se otorgaba a las mujeres respondía a este horizonte: era una de adorno que, en casos excepcionales, iba algo más allá ofreciéndoles retos intelectuales en el ámbito literario o de las bellas artes, o bien se limitaba

* Piedad Peniche Rivero, *Rita Cetina, La Siempreviva y el Instituto Literario de Niñas: una cuna del feminismo mexicano (1846-1908)*, Secretaría de Educación Pública/Instituto Nacional de Estudios de las Revoluciones de México, México, 2015.

a los rudimentos de la lectura y escritura y a las labores propias de su sexo.

Rita Cetina y quienes se involucraron en el proyecto educativo que expone el libro, fueron mujeres educadas en forma privada, disfrutando de un privilegio al que, hasta ya entrado el siglo XIX, solo accedía una minoría de mujeres en “conventos, las cortes, las sectas protestantes de la Reforma luterana y algunos colegios de Europa y los Estados Unidos”. En este marco de limitaciones y excepciones es que se crea un proyecto feminista tamizado por la prudencia que resultaba ser su mejor protección, ante la sospecha que suscitó entre las buenas conciencias yucatecas. En este sentido la autora no duda en reconocer que la historia que trata es la de las mujeres urbanas de clase media de la blanca Mérida.

La historia que narra la experiencia de Rita es la de dos instituciones primigenias dedicadas a la educación femenina del Yucatán decimonónico: La Siempreviva y el Instituto Literario de Niñas. En la primera parte del libro se nos presenta a la sociedad científica y literaria La Siempreviva (1870), como espacio educativo, de encuentro, de difusión de ideas; desarrollado y sostenido por mujeres que discreta pero decididamente buscaron transformar sus vidas y las de otras como ellas. Peniche la define como “la utopía de una identidad colectiva” sostenida en la tradición cristiana de

la congregación y la caridad,¹ pero proyectada hacia un horizonte emancipador donde las mujeres podrían expresar sus anhelos de conocimiento y acción más allá del hogar y la familia.

La autora presenta una semblanza de las mujeres detrás de dicha sociedad, en particular de Rita Cetina, a quien reconoce como eje que articula las ideas y las acciones, para luego destacar el contenido general del proyecto editorial de la misma, la revista *La Siempreviva* (1870-1872) y las estrategias de afirmación de las socias-editoras, sus mensajes en favor de la educación de la mujer y para acceder al mundo del trabajo y de la política. Consecuentes con sus ideas, las socias fundan un instituto literario para señoritas y una escuela para niñas pobres bajo el sello de La Siempreviva. En estos espacios se cierra el ciclo de diálogo y creación que alimenta con sus productos a la revista.

La segunda parte de la obra se concentra en la historia del Instituto Literario de Niñas, fundado en 1877 con la intención de ofrecer instrucción superior a las jóvenes yucatecas y formarlas como maestras. Previamente a describir y explicar la problemática existencia de este instituto, Peniche profundiza en su bos-

¹ Véase Silvia Arrom, “Las Señoras de la Caridad: pioneras olvidadas de la asistencia social en México, 1865-1910”, *Historia Mexicana*, vol. LVII, núm. 2, 2007, pp. 445-490.

quejo del ambiente y las condiciones que propiciaron los liberales de la República Restaurada, en torno a la educación femenina y que implementaron en la Ciudad de México.

Creado por Rita Cetina y sus socias de La Siempreviva, el Instituto Literario de Niñas se convirtió en el espacio institucional con que el gobierno del estado de Yucatán se sumó a la construcción de la moderna nación mexicana. Y en este sentido se explican las restricciones y las batallas que le tocó librar a Rita para desarrollar en él su proyecto educativo, tan es así que se vio obligada a renunciar en 1879 y dejar la dirección del mismo en manos de la profesora Enriqueta Dorchester, no sin antes dar la batalla.

Peniche nos adentra en la disputa de Rita y los señores funcionarios encargados de ordenar la educación en Yucatán, prominentes hombres de letras, negocios y poder² que miraban con desdén y suspicacia la labor creativa de un puñado de mujeres. En este sentido, invitar a la extranjera y civilizada maestra Dorchester podía parecerles más adecuado que lidiar con las atrevidas locales. No obstante, ambas directoras coincidieron en el tipo de esfuerzos y reclamos que sostuvieron para menguar las penurias

² Muchos de ellos relacionados con el Conservatorio Yucateco de Música y Declamación, institución cultural formada por intelectuales liberales radicales.

a las que fueron sometidas. La autora realiza una breve comparación entre el Instituto de Niñas y el Instituto Literario de Varones del estado, evidenciando el alcance de un patriarcado local cuyas ideas liberales no los alejaban de considerar natural controlar una institución dedicada a la educación de las mujeres.

Sobre el periodo en que Dorchester fue directora, destaca su intento por incrementar el currículo del Instituto con materias científicas. Sin embargo, al no tener el personal calificado para enseñar —la planta de profesoras de Rita renunció junto con ella—, su propuesta progresista fracasó y ella se vio obligada a renunciar en 1886.

La última parte del libro refiere a la vida de la maestra Cetina ligada al Instituto y a las estrecheces del mismo entre 1886 y 1902, año en que dejó su puesto. Entre la información que se destaca está la que refiere a la prohibición de cátedras científicas en el plan de estudios del Instituto en tiempos del gobernador Francisco Cantón (1887-1901): Ciencias Naturales, Retórica y Pedagogía. La autora narra los apuros que pasaron directora y maestras para disimular, ante las demandas del Consejo de Instrucción Pública, la impartición extraoficial de aquellas asignaturas.

La actitud desafiante aunque no confrontadora de Rita y sus maestras, da cuenta de la capacidad de negociación y de agencia que les permitió

mantener un proyecto tan personal como social no solo vigente sino en expansión. Y aquí no me refiero al hecho educativo —ya valioso en sí mismo—, sino al despertar de la conciencia de la propia capacidad femenina, del trabajo colectivo y solidario, del proyecto común en favor de los valores de la libertad, la belleza y el conocimiento. Jugar con las reglas —en ambos sentidos: aceptándolas y desafiándolas— fue una actitud que inspiró a las jóvenes yucatecas que buscaban algo más que quedarse en sus hogares bajo la tutela de padres, hermanos o esposos.

Peniche cierra su obra mostrándonos cómo este silencioso y revolucionario proyecto confirmó su legado en la organización y participación que tuvieron sus ex alumnas en los congresos feministas de 1916: casi 700 maestras reunidas para discutir los asuntos que les eran cercanos e importantes. Pero no sólo: La

Siempreviva dio sus frutos en la acción política y social de pocas pero significativas mujeres de la Mérida de inicios del siglo XX: Elvia Carrillo Puerto, entre otras, se reconocieron en la acción decidida que manifestó Rita en todo momento, tan es así que le dio su nombre a la liga feminista que fundó en 1919 y cuyo lema era: “Instrucción, Progreso y Derechos de las Mujeres”.

Sin duda la historia de Rita y las maestras yucatecas es una que debemos conocer y agregar a la línea genealógica de donde provino el reconocimiento de la capacidad femenina de encabezar —y actuar sin restricciones— en toda actividad humana.

Graciela Fabián Mestas

Instituto Nacional
de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México